

—¡Qué cabeza tan loca!—murmuró el notario.
—¡Bien administrada va á estar la fortuna!

Celia corrió al cuarto de Andrés, poniéndose antes una rosa colorada en el corpiño para atenuar el efecto fúnebre de un traje de luto.

—¿Qué tal, doctor?—preguntó entrando con sigilo.

—Apareció la fiebre y está delirando. Hace un momento creía batirse con un oso, y he tenido que apelar á todas mis fuerzas para que se estuviese quieto.

—Dispénseme usted mi brutalidad—dijo el herido con aquella voz sorda cuyo sonido hacia daño,—le tomaba á usted, en efecto, por un oso.

—Mira, muchacho—dijo Ovnikof,—el día en que te encuentres capaz de darme una paliza, me alegraré en el alma. A propósito—añadió volviéndose hacia Catalina,—han llegado sus padres, ¿podemos hacerles subir?

—¡Ay! ¡Dios mío! Como soy la causa de su desgracia, creo que no podré soportar su mirada tan buena como leal—exclamó Celia.

—¿Qué dice usted, señorita? ¿Tiene usted la culpa de que yo sea tan torpe que no pueda manejar una escopeta?

—¿Oye usted lo que dice, doctor?—preguntó Celia.

—Me gusta mucho este muchacho—dijo Ovnikof á media voz.

Pronto entraron Ivan y Catalina. Apenas se atrevían á pisar las muelles alfombras, parecidas que se hundía el piso y contenían su llanto por respeto.

Celia corrió hacia ellos y les abrazó.

—¡Quién iba á decir que nos veríamos otra vez tan pronto!—decía llorando.

—¡Andrés, mi mismo hijo!—baluceaba Ivan tapándose la cara con las manos.

—No hay por qué llorar—dijo Andrés,—no hay hombre á quien no le suceda una desgracia en la vida. Al contrario, debo dar gracias á Dios que ha permitido que me socorrieran, y que á lo menos muera entre aquellos á quienes quiero.

—¡No hables de morir, Andrés!—gritó Celia.

—¡A qué vivir, si ella me ha dejado!—murmuró el herido en un nuevo acceso febril. Me abandonó en el camino; quería seguirla y no pude, porque las ruedas de su coche me habian destrozado el corazón.

—¡Dios mío! ¡No sabe lo que se dice!—exclamó Celia echándose á llorar.

Ivan sollozaba bajito.

—Si han venido ustedes para que sigamos esta música, váyanse, porque fatigan al enfermo. Le ruego á usted, Celia, que se los lleve, y prohíba á todo el mundo la entrada aquí—dijo Ovnikof mal humorado.

Celia obedeció á su pesar, y mientras cerraba la puerta, al marcharse, oyó la voz de Andrés que repetía lentamente:

—¡Se ha marchado, se ha marchado!

X

Algunos días más tarde, hacia una hora que se habia levantado Celia y tenia en las manos un libro que no leía, cuando Ovnikof llamó á la puerta de su cuarto. La joven palideció al verle, pero le pareció que el doctor tenia alegre el semblante. Celia no se atrevió á hablar y sólo le interrogaba con mirada ansiosa:

—Querida niña, respondo ahora del enfermo. Se curará.

—¡Ah doctor!—exclamó abrazando á Ovnikof—nunca he experimentado una alegría como esta.

—Vamos á ver—dijo el doctor haciendo sentar á Celia en un diván y sentándose cerca de ella,—razonemos algo. Comprendo perfectamente que ante ese moribundo, impulsado á la tumba por usted, su corazón se haya conmovido y que un noble pensamiento de abnegación haya germinado en su espíritu. Pero ahora vuelve el herido á la vida; el crimen de que usted se acusaba no pesará ya sobre su conciencia. Reflexione usted lo que ha de hacer y no se deje arrastrar por su entusiasmo juvenil á cometer una locura que más tarde le pese.

—¿Es una locura guiarse por el corazón y casarse con el hombre á quien se ama? Poco me importa la casualidad, que no le hizo nacer noble, porque un título no ennoblecería más su alma. Antes era yo orgullosa y no habría hablado así, pero se ha despertado en mí un sentimiento nuevo, y hoy, á la nobleza del nombre, debida á la suerte, prefiero la nobleza del espíritu y del corazón, debidas á Dios.

—Nunca faltan razones cuando se persigue un fin; ¿pero está usted segura de que sea lo mismo mucho tiempo? Si yo me guiara por mis sentimientos, no me preocuparía en extremo la misión desigual. Principes y ciervos son iguales ante el dolor: la naturaleza, que está mal educada, trata al noble como al plebeyo, y á veces he hallado á éste más fuerte, más hermoso y mejor; tiene más resignación y más ánimos cuando padece, y agradece más los

enidades después de su curación, de modo que lo prefiero. Si me llaman al mismo tiempo un señor y un mujik, voy antes á casa de éste, pero por lo mismo, paso por hombre peligrosamente original y no quiero imponer mis opiniones á nadie. No veo cerca de usted á nadie que sea capaz de darle un consejo desinteresado, y por eso me permito hablar, puesto que siempre la he querido á usted y tengo algún derecho á su estimación; así es, que usted me fescucha con alguna impaciencia (justo es conquesarlo), pero con atención. Yo la he recogido á usted en brazos cuando entró en el mundo, y

desde entonces no la he perdido de vista; de modo que no soy un extraño para usted y puede permitirme ayudarla á leer en mi alma. La conozco usted y aprecio las buenas cualidades de su corazón y de su ingenio, pero deploro también otros defectos que otros quizá encuentren encantadores y que son el fondo de su carácter; es usted autojadiza, voluntariosa, coqueta, colérica también y despreciativa á veces. Al tomar por esposo á un hombre que le sea á usted inferior en educación, éste la resentirá á usted más de una vez involuntariamente; entonces le hará usted notar su desdén, y si él tiene un corazón algo altivo, su hogar será un infierno. Conozco el indomable carácter de usted y sé que no soportará nunca una observación, por muy justa que sea.

—En eso se equivoca usted, doctor. Quizá fuera yo antes como me ha pintado, aunque recargando algo las tintas, pero he cambiado. Ahora soy muy capaz de dejarme dominar por el hombre á quien ame y cuyo carácter haya estudiado. He de confesar que ese joven á quien ha visto usted moribundo, me ha hecho temblar

algunas veces; hay en él una energía terrible y una fuerza de alma que me llenan de admiración y respeto. Cuando le conozca usted mejor me comprenderá.

—Reconozco sin dificultad que Andrés, joven como es, dotado de natural elegancia y de agudo ingenio, pronto se pondrá al corriente de los usos del mundo, pero sus padres continuarán como son. ¡Qué gusto le dará á usted tener una suegra que no sabe leer!

—Le dará una lectora que lea por ella. ¡Pobre Catalina! La quiero con todo mi corazón. Sabe usted que no he conocido á mi madre. La hermana de Catalina fué mi nodriza, ésta se le parece, y creo hallar en ella de nuevo á aquella pobre mujer que tanto quise. Además, he emprendido ya la transformación de mi futura suegra, y si estos días no hubiese estado tan triste, mucho me hubiera reído viéndola tropezar á cada momento con la cola de su vestido y volverse al oír el roce de la seda, como si alguien le hubiera pisado los talones. ¿De modo que tiene usted algo más que decir, doctor?

—Nada, hija mía, veo que nada puedo hacer; me declaro vencido.

—¡Bueno! Pues no le quiero á usted—dijo Celia haciendo un mohín encantador.—El día en que me anuncie usted la salvación de mi amigo, en lugar de dejarme ir á buscarle á escape, me echa usted un sermón. Ya ve usted qué cambiada estoy, cuando le he oído hasta el fin sin encolerizarme.

A medida que el herido recobraba la salud se ponía más profundamente melancólico; ni el júbilo de su madre, ni las suaves reprensiones de Celia, que fingía ignorar las causas de aquella tristeza, podían hacerle sonreír. El día que

se levantó por vez primera, sintió ganas de llorar.

—Vaya—murmuró—creí poder huir del dolor, pero me vuelve á coger en sus garras y no quiere perdonarme.

Celia, que le observaba atentamente, se acercó al oído del doctor y le dijo:

—Ya ve usted que la pena le hace mucho daño: permítame usted hablarle yo y acabarle de curar, enterándole de que le amo.

—Háblele usted, hija mía—dijo Ovnikof.

Andrés dió algunos pasos por el cuarto.

—Ya puedo andar—dijo con amarga sonrisa.

—Entonces voy á llevarte al invernadero—contestó Celia—y allí podremos hablar á gusto.

El gran salón del piso bajo tenía salida al invernadero de que hablaba la joven; era alto, vastísimo y estaba lleno de árboles exóticos, de plantas con enormes hojas de flores raras; olía á tierra mojada y pétalos maduros. Pájaros de diversas razas gorjeaban en una pajarera.

—¡Qué bonito es esto!—dijo Andrés al entrar. Parece imposible que exista un país donde plantas como estas crezcan libremente.

—Si quieros, iremos juntos á ese país.

—¡Juntos!

Celia le hizo sentar en un sillón de junco trenzado y se sentó cerca de él, diciéndole, después de un momento de silencio:

—Andrés, mira mis ojos y dime qué ves en ellos.

El joven la miró.

—Veo que la infinita bondad de usted la hace alegrarse de mi curación.

—¿Nada más, ves?—dijo Celia cogiéndole las manos.—Yo sé leer mejor en tus pupilas: veo en ellas centellear el amor, y veo también desde

hace días una tristeza sombría cuya causa conozco, y que borraré con una palabra. ¿La adivinas?

—¡Oh! ¡no me mire usted con tanta dulzura, que me vuelve loco! Tenga usted piedad de mí—murmuró Andrés apartando la cabeza.

—¿No comprendes que te amo?—exclamó la joven.—¿Me ama usted?

—Sí; tanto como tú á mí, y yo sé lo que tu amor vale, no lo hay más ardiente, más abnegado ni más puro. He sido cruel y hasta criminal, he jugado con un corazón como el tuyo, te has vengado queriendo morir y yo he sufrido quizá más que tú, pero bendigo mi sufrimiento porque con él me he revelado á mi misma. Te amo, Andrés, y te amaré toda mi vida.

—¿Verdad que estoy soñando?—baluceó Andrés.—¿Estoy loco, ó deliro aún?

—Mira, tengo en el dedo tu anillo de esponsales, y esta prenda posee un misterioso poder. Unida estoy á ti desde que me lo diste. Es el primer eslabón de una cadena eterna, el símbolo de un compromiso sagrado que cumpliré. Seré tu mujer.

Andrés movió la cabeza tristemente, y dijo:

—Es usted muy buena por haber guardado ese anillo, pero bien sabía usted que no la obligaba á nada. Adivino qué sentimiento lleno de delicadeza y de abnegación la impulsa á hablarme como acaba usted de hacerlo, pero sepa usted que no aceptaré lo que me ofrece. Vea usted cuán fina y blanca es su mano; mirela cerca de la mía. ¿No parece un pedazo de pan blanco junto á otro de pan moreno? Ambos panes no pueden encontrarse en la misma mesa. Siempre la amaré á usted, pero no tema que intento matarme otra vez.

—¡Ah! ¡No había yo previsto esto!—exclamó Celia fuera de sí.—¡Un aldeano negarse á ser el marido de una condesa! ¿Es ese tu cariño? ¿Razona así el amor? ¿He razonado yo? Toda objeción que se opone á la felicidad debe ser rechazada como una locura. Unámonos, y este argumento no tiene vuelta de hoja. Uno sin otro no podemos vivir; lo más sencillo es unírnos para siempre. ¿Qué quieren decir semejantes vacilaciones? ¿Dirás también que soy más rica que tú?

—Piense usted en lo que soy...

—Eres el hombre á quien amo.

—¡No diga usted eso! Esas frases son una burla en sus labios. Demasiado la amo á usted para aprovecharme de un momento de ternura que la extravía. He tenido la dolorosa dicha de conocer á usted, me moriré de eso, y no me quejo de mi destino.

—De modo que te figuras que no te quiero; que las lágrimas que he vertido son falsas; que el sentimiento profundo que por primera vez ha hecho palpitar mi corazón es solamente un capricho pasajero; que la dulce alegría que siento á tu lado nada significa; que el espanto que hiela mi sangre cuando temo perderte es una ilusión. Finalmente: ¿No quieres creer en mi amor?

—¡Ay! ¡Usted me mata, Celia!—murmuró el joven sobrecogido por una congoja y reclinándose pálido en el sillón.

Ovnikof se paseaba por el jardín. Celia le llamó.

—Ne es nada; un desvanecimiento—dijo aproximándose á Andrés.—La emoción ha sido demasiado fuerte.

—¡Ah, doctor! Si usted supiera...

—¿Qué hay, hija mía? Parece que ha llorado usted.

—No quiere la dicha que le ofrezco; se niega á casarse conmigo.

—¡De veras! ¿Ha hecho eso?—exclamó Ovnikof con un movimiento de alegría.—Le confieso á usted que lo esperaba; empiezo á conocer esa alma hermosa.

—Parece que mi dolor le regocija á usted.

—Se equivoca usted al juzgar mis sentimientos; deseo con toda mi alma que llegue usted á vencer sus escrúpulos. Es hombre verdaderamente digno de usted.

—Juro triunfar de todos los obstáculos. Emplearé en ello toda mi energía y toda mi inteligencia. Se trata de la felicidad de toda mi vida.

XI

Abundaban las visitas en el castillo desde la vuelta de la condesita; pero ésta siempre encontraba disculpas para no recibirlas. Sin embargo, un día cambió de opinión é hizo anunciar á sus conocidos que el salón se abriría todas las noches, como en otro tiempo.

Una multitud de adoradores acudió á aquellas recepciones. Celia fué abrumada bajo el peso de los ramos, las declaraciones y las miradas ardientes. Todo lo soportaba con paciencia y parecía que lo utilizaba para un proyecto que ella sola conocía.

Una noche pudo bajar al salón Andrés, que había recuperado sus fuerzas. Cuando entró, cierta emoción agitó á los concurrentes. El rumor comunicado por Prascovia al gobernador se había esparcido prontamente por la ciudad, y

todo el mundo estaba seguro de que el herido recogido por Celia sólo podía ser un alto dignatario. El buen aspecto del desconocido, su alta estatura, su mirada altiva, acabaron de convencer á los que dudaban. Todos se formaron en fila al pasar él y le saludaron humildemente. En cuanto le vió Celia, corrió hacia él y le hizo sentar en el ángulo del salón donde ella solía estar.

El joven, que asistía por primera vez á una reunión de sociedad, miraba curiosamente los trajes, los ademanes y las fisonomías. Ovnikof se había acercado á él y le indicaba los personajes más importantes.

—Mire usted, aquel de la cabeza redonda sobre un cuerpo también redondo, que, en equilibrio sobre las piernas, se parece á una manzana clavada en dos cerillas, es el gobernador del distrito. Su mujer es larga como un espárrago, y la ha querido, sin duda, por la ley de los contrastes. El hijo ha salido parecido á la madre, no tiene más que piernas. Si quiere usted verle, mire junto al biombo japonés aquel joven larguirucho de pelo amarillo pegado por el cosmético: es uno de los aspirantes á la mano de Celia.

—¿Es posible?—preguntó Andrés sonriéndose.—Y aquella señora tan tiesa en la silla, que no habla ni levanta los ojos, ¿quién es?

—¿La que está detrás del plano de cola? Es la señora que acompaña á Prascovia, uno de esos seres cuya existencia es completamente inútil, insignificante é incolora, que nada tienen, á nada aspiran y en nada piensan. Un comparsa de la vida que entra y sale sin haber entendido jota de la comedia representada. No hace más que acompañar; es decir, sentarse

aquí ó allí, con su labor de bordado en la mano, y callar durante horas enteras. Es algo así como un mueble.

—¿Y el que allí abajo se apoya en el pedestal de una estatua de mármol? Celia le habla.

—Rostro carmesí, más ancho que largo; cogote que se desborda sobre el cuello del traje; pocos pelos en un enorme cráneo. Es el famoso general de W... y hay que desconfiar de él, porque Celia le colma de agasajos y él piensa muy formalmente en casarse con ella.

—¿Suceden tales cosas en la nobleza? ¿Podría casarse una joven, hermosa como una hada, con ese ridículo viejo sin despertar la indignación pública?

—Ya lo creo, amigo, pero mire usted á Prascovia, que está fuera de sí porque parece que la hermosa Celia quiere quitarle esa proporción.

—¿Todavía tiene tales ideas esa señora?

—Oh, sí, y la verdad es que aun tiene buen ver. Ni á su cabellera ondeada, ni á sus negros ojos, que brillan bajo cejas pobladas, les faltan encantos, y si no fuera por el rebelde bozo que sombrea su labio superior, sería muy agradable.

—Tiene aspecto duro y poca gracia en la fisonomía.

—Sabe adquirir una expresión muy dulce cuando quiere, pero hay que confesar que ahora echan lumbre sus ojos. Además, el negro no le sienta bien. En cambio, mire usted qué hechicera está nuestra querida Celia entre esas oleadas de encajes negros; su tez parece despedir luz; su pelo rubio resplandece, y la estrella de diamantes que brilla sobre su frente, se distingue en aquellos rayos de sol.

—¡Ah, sí! ¡Es muy hermosa!—murmuró Andrés contemplándola con muda adoración—y cuando se la mira todo parece negro en el mundo, como cuando se ha fijado la vista en una claridad demasiado viva.

Celia notó que Andrés y el doctor hablaban de ella; dejó al general y se acercó á ambos, diciéndoles á media voz:

—¡Ay, amigos míos! Cuando ocupa la cabeza una sola idea, cuando el corazón está lleno de un sólo sentimiento grave y profundo ¡qué difícil y doloroso es ser amable, sonreír y coquetear con personas que nos son en absoluto indiferentes!

—¿Porqué hace usted eso? ¿quién la obliga?—preguntó Ovnikof.

—Ya que el que yo quiero me desdeña—dijo echando á Andrés dulce y maliciosa mirada,—me veo precisada á buscar otro afecto en la vida. Ahí está Penutchkine, tengo que dejar á ustedes.

—¿Es este uno de los preferidos de usted?—dijo Ovnikof.

—Sí; uno de mis preferidos—contestó apretando significativamente la mano del doctor, y alejándose.

—¡Penutchkine! ¡Vaya un personaje lleno de suficiencia y de orgullo! Nunca se cansa de hablar de sí mismo—dijo el doctor.

—Ya lo conozco—respondió Andrés con una imperceptible expresión de cólera.

—¿Le ha oído usted contar sus proezas de cazador? Especialmente cuenta mil veces la historia de una lucha con un lobo, cuerpo á cuerpo, en la cual se portó heroicamente; quedó su puñal en el cráneo de la fiera; enseña la hoja, y si los demás se empeñan, las huellas de las he-

ridas que recibió. Lléveme el diablo si no le he oído contar esta historia veinte veces.

—Seguro estoy de que delante de mí se guardará muy bien de contar semejante aventura—dijo Andrés, que no pudo dejar de sonreírse al recordar la triste figura que haría el caballero bajo las garras del lobo.

Hacia un momento que se dirigía el gobernador hacia el ángulo del salón donde estaba Andrés; el prudente funcionario tenía especial interés en saludar al misterioso desconocido que ocultaba su verdadera personalidad, pero que indudablemente debía de ser un importante personaje.

Se detuvo ante el joven, poniéndose las manos sobre el corazón, echando un pie hacia atrás como un bailarín que va á empezar un paso, y alzó los ojos al cielo con ademán tierno.

—Permitame usted que le exprese la alegría... inefable que nos ha causado su curación, por decirlo así... milagrosa—dijo con voz llena de suavidad. Somos provinciales, pero tan capaces de sentir el espantoso vacío que su muerte hubiera causado, como cualquier habitante de la capital.

—Es usted amabilísimo—dijo Andrés que se levantó y saludó al gobernador con aspecto sorprendido, que éste encontró afable y dignísimo.

—¿Está ese señor en su cabal juicio?—preguntó Andrés á Ovnikof, mirando al gobernador, que se alejó enseguida por respeto, dirigiendo al joven miradas llenas de agradecimiento.

—Le toma á usted por el gran Mogol—dijo Ovnikof cubriéndose la boca con el pañuelo para disimular una invencible risa.—Ahí está

la princesa Kawlovna que va á tocar algo. ¿Le gusta á usted la música?

—No existirá en el mundo un ser humano á quien la música no encante—exclamó el joven.

—Venga usted, Celia nos hace señas para que nos acerquemos al piano.

La baronesa tocó con entusiasmo la *overtura* de una ópera de Glinka, y después la concurrencia rogó á Celia que cantara.

Al principio se negaba, después cambió de opinión súbitamente y se levantó, diciendo á Andrés, en voz baja, al pasar junto á él:

—Voy á cantar para ti sólo.

Se sentó al piano y cantó con singular arrebató una canción de Asantchewski, joven compositor ruso, célebre ya. Era un inefable grito de alegría que expresaba de un modo conmovedor la embriaguez de quien se siente amado y considera estrecho el mundo para encerrar su felicidad.

«¡Me ama! ¡me ama! Oigo la voz de los bosques que lo canta; el viento se lo dice á las nubes que arrebató; el río lleva esta confesión de ola en ola.»

«¡Me ama! ¡me ama! Bajo las ramas, el gorjeo de las aves lo repite; las corolas de las campanillas blancas lo prelaman en el valle.»

«¡Me ama! ¡me ama! Me abrumba una alegría desconocida, una dulce inquietud hace estremecer mi corazón.»

La voz de Celia era flexible y fresca, poco extensa quizá, pero de timbre encantador. Aquella vez supo darle una expresión fuerte y entusiasta que arrebató á los oyentes.

Mientras la aclamaban por todas partes, miró á Andrés y creyó leer en su rostro, pálido por la emoción, y en sus ojos, donde brillaban las

lágrimas, que ya no podía luchar, que el amor vencía á la razón y que toda su resistencia se desplomaba. Leve rubor de alegría coloreó un momento las mejillas de la joven.

Le rogaron que cantara más, pero no quiso y dejó el piano, yendo á sentarse cerca de Penoutchkine.

—Es usted divina—le dijo éste fingiendo que se limpiaba una lágrima.—Ha puesto usted toda su alma en su voz; parecía que el amor hubiese conmovido su corazón, y, sin embargo, hartó sé que no es así.

—¿Está usted bien seguro?—dijo Celia mirándole con malicia.

—¡Claro! Usted no conoce las torturas, las dudas, las esperanzas, las ansias de abnegación; en una palabra, cuanto usted me inspira.

—¡Cómo! ¿Le hago á usted sentir tantas cosas?

—¿Lo duda? ¿No sabe leer en mis ojos y no ve en ellos que estoy dispuesto á dar mi vida por usted?

—Eso de dar la vida se dice pronto, y bien sabe usted que no he de pedírsela, porque para nada me sirve; pero si se tratara de cualquiera otra cosa, no hablaría usted así.

—¡Póngame usted á prueba!—exclamó Penoutchkine.—¿Tendré la suerte de que quiera usted pedirme algo?

—Algo tengo que pedirle á usted, pero si me lo negase...—dijo Celia mirándole de reojo.

—¡Negárselo yo!—añadió levantando los ojos al cielo.

—Pues bien, deseo adquirir una de las propiedades de usted.

—¿Nada más? De usted es ya. ¿De cuál se trata?

—De la granja en que últimamente nos vimos. ¿Consiente usted en vendérmela?

—Sin duda alguna.

—Pero con todos los habitantes.

—¡Extraño capricho!—dijo Penoutchkine con ligero gesto de contrariedad.

—Capricho, efectivamente. Quiero que nada cambie en la casa, que no se mueva un mueble, que los mismos rostros aparezcan allí. Quizá sea para encontrar más tarde con toda su frescura recuerdos que me son muy queridos—añadió dirigiéndole una mirada seductora.

—Es usted adorable—exclamó Penoutchkine, que le cogió la mano y la llevó á los labios.

—De modo que convenimos en firmar mañana la escritura de venta.

—Soy esclavo de usted—contestó Penoutchkine en el colmo de la dicha.

Celia bajó la cabeza para ocultar la burlona sonrisa que jugueteaba en su boca, y dijo:

—Mire usted al general de W... Está agitado y nos echa sonrisas y miradas. No le vaya á dar un ataque apoplético y se arme un escándalo. Permitame usted que vaya á hablar con él. Celia se aproximó al general.

—¿Con que se va usted á casar con ese joven?—le preguntó moviendo sus ojos encarnizados.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque hace una hora que habla usted tiernamente con él.

—¿Tiernamente? Hablamos de negocios. Pero parece que le doy á usted explicaciones. ¿Cree usted que le tengo miedo, guerrero feroz? Debe de ser así, porque no recuerdo que haya usted hecho méritos para alcanzar las consideraciones que le guardo.

—Desgraciadamente aun no se ha presentado

oportunidad de demostrar mi amor, pero que venga y ya verá usted.

—Vamos á ver. ¿De qué sería usted capaz?

—¡Ah!—exclamó el general suspirando ruidosamente.—Por besar la punta de esos deditos haría yo lo imposible.

—Pues bien, le voy á usted á pedir una cosa casi imposible.

—Pida usted.

—Quiero que me entregue usted un despacho de oficial.

—¿Un despacho de oficial?

—Precisamente—contestó Celia haciendo una reverencia.

—¿Para quién?

—Con el nombre en blanco.

—¿Y qué hará usted con él?

—Lo que me dé la gana. Ponerle mi nombre ó quemarle...

—No la entiendo.

—Ni falta que hace. ¿Ve usted cómo vacila?

—De ninguna manera. ¿Se casará usted con Penoutchkine?

—Le juro á usted que no.

—Pues mañana tendrá usted ese despacho.

Un relámpago de alegría brotó de los ojos de la joven.

—General, tome usted su recompensa—le dijo tendiéndole la mano que besó él con recogimiento.

XII

Cuando, terminada la reunión, Andrés se vió solo en su cuartó, se dejó caer en un sillón y se apretó con ambas manos su abrasada frente.

—No puedo más—murmuró,—siento que se doblega mi voluntad y que el amor domina á la conciencia. No puedo combatir más tiempo, es demasiado terrible el tormento de rechazar la felicidad que apenas se atrevía uno á entrever en sueños. La boca abrasada por la sed no puede apartarse siempre de la copa refrescante que se le ofrece; sin embargo, sería necesario. Mi conciencia me ordena el sacrificio y no tengo fuerzas para obedecer. ¡Me ama! Este pensamiento llena mi corazón y canta noche y día á mi oído. Mi razón no puede hacerse oír. Pero la escucharé y haré callar á las locuras embriagadoras que me persiguen. ¿Y tendré bastantes ánimos para querer? Un aldeano no se casa con una condesa, nunca se ha visto tal cosa. Celia, espantada por el acto de desesperación que ha estado á punto de privarme de la vida, ha creído amarme: después de la boda notaría su error y yo abusaría de esta equivocación. ¡Imposible! Tengo el corazón demasiado altivo para querer disfrutar alevosamente algunos días de felicidad mediante un odioso crimen. Huiré de la tentación, partiré. Andrés se levantó y anduvo agitadamente por el cuarto.

He recobrado casi por completo las fuerzas, se ha cerrado mi herida. Entonces ¿qué hago yo aquí? No es para mi este lujo, aunque cualquiera lo diría al ver la prontitud con que me he acostumbrado á él. Ya no me asombra esa cama de ébano y seda, ni esos muelles asientos. ¡Vaya, vaya! Mi alfombra es el musgo de las montañas, la nieve mehollada por el humano pie, y debo sentarme sobre el tronco derribado á orilla del sendero. ¿Qué hago aquí? Soy una fiera de los bosques y nadie me domesticará.

Se acercó á la chimenea y se miró al espejo. —Sin embargo, bien próximo he estado á dejarme domar. ¿Soy yo el cazador despreocupado y fuerte de antes? La desesperación y la enfermedad han borrado en mi rostro las huellas del sol y del viento; estoy pálido como un caballero; me he puesto, sin notarlo, el traje que han cambiado por el mio, he visto que me sienta bien; mis manos blanquean, mi voz se dulcifica, mi pelo es más flexible, y debo confesar que un movimiento de orgullo llenó mi corazón cuando, al pasar frente á un espejo, casi no me conocía. ¿Qué voz es esa que me grita que todo eso está mal y me degrada? Hay que obedecerla, hay que arrancar de mi alma ese amor como se arranca el puñal de una herida; hay que huir lejos, sólo y para siempre. Pero vivir sin ella es horrible suplicio. ¿Porqué no me habrá dejado morir entre los trigos manchados con mi sangre? Ya había sufrido demasiado para mis fuerzas, tenía derecho al reposo, y ahora tengo que sostener de nuevo tan abrumadora carga. ¿Qué he hecho yo—decía—para ser tan desgraciado?

—El joven abrió la ventana para calmar algo la fiebra que le abrasaba. Brillaba la luna, la noche era tibia, y el jardín embalsamaba el ambiente.

¡Partir! ¡Ser amado y partir!—murmuraba con las manos crispadas sobre el alféizar de la ventana.—Tener delante la gloria y elegir el infierno, es superior á la fuerza humana.

Sin embargo, me marcharé muy pronto... mañana... ¿Y porqué mañana?—exclamó de pronto—¿A qué prolongar esta agonía? Si la veo y me habla, perderé todo mi valor. Ahora mismo tengo que huir, sin despertar á nadie,

sin que me vean... ¡De modo que la he visto hacé un momento por última vez. ¡Dios mio! ¡Se acabó para siempre!

Dejóse caer abrumado en un sillón y ahogó sus sollozos ocultando el rostro en los almohadones.

Al levantarse estaba tranquilo y resuelto.

Vamos — dijo,—cuando se despierte estaré lejos de aquí.

Para que nadie le oyese abrir y cerrar puertas, decidió bajar por el balcón. Empezó por apagar las lámparas, para que no le vieran desde afuera, y se deslizó con precaución como un criminal.

Llegó al suelo y dió algunos pasos, procurando que sus pies no hiciesen crujir la arena.

Por aquel lado, la casa proyectaba sombras angulosas y bien recortadas en el jardín vivamente iluminado por la luna; Andrés oyó, por la parte de la fachada, al criado encargado de velar, golpeando un disco de bronce para demostrar su vigilancia; debía evitar el paso por allí. Antes de alejarse levantó el joven los ojos hacia el cuarto de Celia, que aun estaba iluminado y tenía entreabierta una ventana.

—¿Estará enferma, Dios mio? ¿Por qué no duerme aún?—pensó Andrés, que parecía fascinado por la claridad que salía de aquel cuarto, y que no podía dar un paso.

Harto fuerte era la tentación; podía observarla una vez más sin ser visto y sin temer las seducciones de su palabra; se llevaría por lo menos á su destierro el último recuerdo.

Mucho tiempo vaciló, pero pudo más su corazón que su cabeza, dió un salto, y agarrándose á los salientes de la pared, bien pronto estuvo á la altura de la ventana.

A través de las tenues cortinas de encaje no vió más que una radiación azul singularmente suave; en aquel cuarto todo era azul, las paredes cubiertas de seda acolchada; la alfombra, la cama cubierta de elegante dosel y que sólo tocaba á la pared con la cabecera.

Celia, con peñador blanco y sentada cerca de una mesita, estaba escribiendo. Una lámpara colocada ante ella la iluminaba enteramente, la luz jugueteaba con su cabellera color de miel, los contornos de su rostro parecían bañarse en plateado fluido, y sus dientecllos brillaban entre los labios sonrientes. Andrés, agarrado á los hierros del balcón, la contemplaba con desgarradora emoción, porque nunca la había visto tan espléndidamente hermosa.

Pronto dejó la pluma y se echó hacia atrás en el sillón.

—Ya está hecho—dijo estirando los brazos— ¡con qué alegría he trabajado para él.

Se levantó, y la cola de su peñador sonaba por la alfombra.

—¡Las tres ya!—dijo dando cuerda al reloj.

Después se sentó en el borde de la cama y cruzó las manos por detrás de la cabeza.

—¡Dios mío, cuánto le amo!—dijo á media voz.

—¡Qué desgraciado soy!—murmuró el joven dejándose deslizar ó, más bien, caer al suelo.

Después huyó sin mirar atrás, llegó á la pared del jardín y la midió con la vista. El muro era alto y muy liso, é imposible de escalar. Además, Andrés había trabajado de sobra, y su herida, apenas cicatrizada, le hacía sufrir mucho. Buscó una puerta y acabó por encontrar una salida que sería especialmente para los jardineros. Estaba cerrada con varios cerrojos y dos vueltas de llave, pero ésta estaba en la cerra-

dura. Descorrió los cerrojos y dió vuelta á la llave. Su mano temblaba, estremecimientos corrían por su cabeza; le parecía que todo oscilaba á su alrededor.

—¡Adios, adios!—murmuró—¡adios la vida!

La puerta rechinó sobre sus goznes, pero cuando Andrés iba á salir se sintió rodeado por brazos femeniles y un gran grito resonó en sus oídos.

—¡Celia!

—¿Qué haces? ¿Dónde ibas?—le dijo ahogada por el espanto.—Ya sabía yo que había oído un suspiro y pasos furtivos. ¡Dios mío! Si hubiera yo estado durmiendo te escapabas y me dejabas aquí loca de desesperación. Porque tu intención era escaparte ¿verdad? ¿Quieres matarme? ¿se ha convertido tu amor en odio? ¿qué te he hecho? A ti sólo amo en el mundo. Toda mi vida está pendiente de la tuya ¿y huyes de mí sin decirme una palabra, sin despedirte, Andrés? ¿es posible que hayas hecho eso?

Y apoyando la cabeza en el pecho del joven, empezó á sollozar.

—Celia—contestó él,—le ruego á usted que tenga piedad de sí misma. Déjeme marchar.

—Estás loco—contestó estrechándole más entre sus brazos.—Intentas separarte de mí. Además, vete si quieres, yo te seguiré.

—No puede usted casarse con un hijo de sierros—contestó Andrés queriendo deshacer el lazo que le abrazaba.

—¡Cállate! Ya no lo eres. Tus padres son libres ya.

—¿Qué dice usted?

—Digo la verdad. La granja donde has nacido, aquel encantador lugar donde he encontrado el amor, es nuestro. Pertenece á tu padre.

Catalina es libre, Fedor y Macha son libres, y el niño de hermosos ojos azules, libre es también. Tu padre es rico; él me lo ha dicho. Conque ya ves que ahora somos iguales y nada se opone á nuestra dicha más que tu odio, porque es evidente que me odias.

—¡Los ha hecho usted libres! ¡Pobre padre mio! ¡Se ha realizado, por fin, el sueño de toda su vida!

—Sí; y el día que les iba á anunciar esta novedad, pidiéndoles su bendición, huías tú para librarte de mi amor.

—¿Es posible que usted me ame?

—Ven; la emoción me ha rendido y no puedo tenerme en pie; vamos á un banco que hay junto á unos jazmines.

Llegaron al banco y se sentaron. La luna los envolvía con su luz. Entre los árboles empezó un ruiseñor su canto tierno y doloroso. El rocío brillaba en las flores y en la arena de los senderos. Después de un momento de silencio, Celia dijo:

—¿Preguntas si te amo? Ahora comprendo que te amé desde el primer minuto en que te vi; aquella noche misma soñé contigo y al siguiente día tenía celos. Loca de mí, creí poder jugar con fuego; pero cuando te ví ensangrentado en el camino, sentí que tu muerte me costaría la vida, y que sin tí no existe para mí el mundo. Hablo con toda la sinceridad de mi alma: te amo, Andrés: ¿consientes en casarte conmigo?

—¡Ay! Ya sabía yo que si me hablabas perdería todo mi valor—exclamó dejándose caer á los pies de la joven.—Esto es demasiado. Ya no puedo luchar. Acepto la felicidad celestial que me ofreces. Librome, por fin, de tan largo sufrir y mi corazón se dilata en sin par alegría.

Celia, te amo como un condenado el perdón de Dios. Sin embargo, quizá un día dejes de amarme y entonces volveré á caer en el abismo, pero llevaré conmigo el recuerdo del cielo.

—Oye, Andrés—contestó Celia besándole en la frente:—el día en que ya no te quiera, te permitiré que me dejes, y te juro que estoy enteramente segura de pasar toda mi vida junto á tí.

Algunos días después la casa estaba llena de luces y de flores, de música, de bailes y de risa. Celia Alexandrowna daba una fiesta, á la cual estaba invitada la alta sociedad de la capital. Se susurraba que esta fiesta se verificaba con motivo de los esponsales de la condesita con un desconocido, príncipe según unos, mujik según otros, y en ciertos rincones del salón se discutía acaloradamente sobre ello.

—¡Un mojik! ¡Déjeme usted en paz!—decía el Gobernador encogiéndose de hombros.—El mismo aspecto de aldeano tiene que usted.

—Bien seguro estoy de ello—decía Penautchkine pálido de ira.—Era cazador en mi tierra.

—¡Ah!—dijo Ownikof que pasaba.—Sin duda habrá asistido á aquella célebre lucha con un lobo, cuya relación me ha interesado tanto. Voy á decirle que me la cuente.

Penautchkine se puso muy colorado é hizo un movimiento para lanzarse sobre Ownikof, pero se dejó detener por los que le rodeaban.

Celia, con vestido de seda blanca cortado en cuadrado sobre el pecho, con tres filas de perlas finas al cuello y una rama de jazmín en el pelo, se paseaba lentamente de una sala á otra del brazo de Andrés.

Ownikof se acercó y tendió una mano á cada uno de ellos.

—¿Os habéis decidido ya? Me alegro casi tanto como vosotros, y os bendigo.

El general de W... entró en el salón y se acercó á saludar á la joven.

—Tengo que dar á usted una noticia — le dijo Celia mientras él se inclinaba ante ésta.— Me he decidido á cederle á usted la alquería que corta una de las fincas de usted y que mi tutor se empeñaba en negarle.

—¡Ah! Me hace usted un favor señaladísimo.

—Ahora, permítame que le presente á mi novio Andrés Ivanovitch, que quiere dedicarse á la carrera militar y solicita la protección de usted. Joven y valiente, ha de esperarle un gran porvenir, y seguramente merecerá su estima ción.

—¿La mía?—exclamó el general después de un momento de confusión—Pues hay que saber soportar heroicamente una derrota. No puedo tenerla á usted mala voluntad por haber preferido á este joven. Me place la franqueza de su mirada y puede contar conmigo.

Los dos hombres cambiaron su cordial apretón de manos.

Se anunció que la cena estaba servida. Mientras pasaban todos al comedor, los novios pudieron dirigirse algunas palabras en voz baja.

Desde el día que entraste en mi casa—dijo Andrés,—cada minuto de mi vida, cada palabra de tus labios, han quedado grabados en mi alma.

—Tampoco yo he olvidado nada—contestó Celia.—Acuérdate lo que un día me digiste dirigiéndome tu hermosa y serena mirada: «no somos nosotros como usted cree: pegamos á las mujeres»... ¿Es verdad? ¿Me pegarás tú?...

LA BARQUERA DEL RIO AZUL

I

En aquel tiempo todavía era Nankin la capital de la China, florecía la dinastía de los Mings, y reinaba el emperador Hoaï-Tsong.

La ciudad, que tenía siete leguas de circunferencia, estaba encerrada en murallas formidables, tan espesas, que siempre era de noche bajo las triples puertas abovedadas que á largos trechos las perforaban. Sobre aquellas puertas se erguían fuertes castillos y altas torres, cuyas techumbres, de orillas levantadas, desaparecían bajo el ondear de banderas y gallardetes de mil colores.

Sobre las murallas velaban los centinelas; cerca de las puertas, soldados apoyados con bizarra apostura en sus lanzas hacían preguntas á cuantos llegaban.

El recinto de la ciudad contenía montañas, lagos y ríos. Las calles, anchas y rectas, llenas de soberbios palacios, ostentaban puertas triunfales de techos esculpidos y levantados, vislumbábase á lo lejos la alta torre de Li-cou-li, maravilla de las maravillas. Aquella torre, construída hace 2.700 años de orden del rey A-You, tenía al principio tres pisos; 1.200 años después de su fundación, el emperador Kien-Ouan la compuso é hizo sellar en sus muros las reliquias de Foo. Los Mongoles la quemaron mil años después,